

ACTA DEL XXXII PREMIO DE POESÍA JOSÉ CHACÓN

Se reúnen en la sede del Servicio de Bibliotecas de este Ayuntamiento las personas que a continuación se relacionan.

- Sr. D. Tomás Ramos Orea
- Sr. D. Francisco Peña Martín
- Sra. D^a. María José García Mesa
- Sr. D. Luis Alberto Cabrera Pérez (Secretario)

Y actúan como miembros del Jurado del Premio de Poesía José Chacón instituido por el Ayuntamiento de Alcalá de Henares. Lo hacen con el objeto de deliberar sobre la concesión de dicho premio en la presente edición, correspondiente al año 2023 y para la que se han recibido en tiempo y forma un total de 146 candidaturas, todas las cuales han sido sometidas a criterio del Jurado.

El certamen está constituido por un único premio, dotado con 600,00 euros brutos.

Tras la oportuna deliberación, unánimemente el Jurado acuerda otorgar el Premio a la obra presentada bajo la plica señalada con el número de orden 23/105.

Abierta la plica resultó ser su autora, D^a. Gloria Fernández Sánchez con el título genérico *Rosales de niebla*

De todo lo cual, como Secretario del Jurado levanto ACTA y doy fe en Alcalá de Henares, a diez de mayo de dos mil veintitrés

Tomás Ramos Orea

Francisco Peña Martín

María José García Mesa

Luis Alberto Cabrera Pérez

ROSALES DE NIEBLA**LEMA: CASTALIA**

Quedaban los jardines a merced del poniente
y, etéreos, los amantes perpetuaban ritos.
De un cuerpo, poco a poco, ofrecido a otro cuerpo:
los brazos, que se extienden para ceñir los muslos.

El fondo era un camino lleno de enredaderas
y alcobas desplegaban sus dóciles cortinas.
Y por la lenta escala de tu sangre y el gozo
cabalgaba la especie en el temblor del patio.

Junto al coro de estatuas, el silencio, verdines.
¿Ha de acabar, por fuerza, esta pasión sin orden?
Esas rodillas tuyas, que de amor desfallecen,
¿galoparán mi espectro por rosales de niebla?

Médula sollozante que alterna los otoños:
la sombría cámara de un Eros embriagado.
Metronomo de espuma, lecho de labio ido.
Aquella luz que hacía impensable la muerte.

Como un puzle divino de claustros, taracea,
son todos los senderos si hacia ti se dirigen.
Entre mis hombros lisa el poder de tus garras
y el tremor cauteloso que los mares confunde.

Yacerán sepultados en bancales de olvido
nuestros días de cenit, nuestro rubí de sangre.
El gradual suspiro de la tierra que gira
mientras mi pulso cesa ante tal abandono.

Es tan vano y absurdo invocar el pasado.
Los besos que ya nunca llegarán a mi boca
escritos en la tinta perdida de las cartas,
la lumbre y el perfume de los brotes silvestres.

Mas no pudo la armada de ejército sombrío
robar de mis anales el botín de tus ojos.
Que al mirar traspasaban como lanzas de aire.
Que, al hurtarse, penumbra, vaciaban planetas.

Inaccesible lirio entre lagos de ensueño,
un mar inmóvil, seco, como en las pesadillas.
Si el alma despertase entre los brazos tuyos,
qué importaría la muerte, qué asustaría la nada.

Me envuelve tu desorden, me oprime tu ternura:
verbena y buganvilla entre tus muslos fuertes,
vergeles suntuosos de pétalos de carne,
firmamento, galaxias, el motor de los soles.

Un sistema de signos, un idioma privado,
cruzar las referencias, los enigmas tan nuestros.
Inexpugnable el muro de magia suplicante,
¿quién regará los mirtos que plantamos nosotros?

He cartografiado tu corazón de agua:
los canales temidos donde flota la dicha
o esa crueldad tan tuya. Estudiando tus gestos
me aproximo, mas nunca entraré por tu puerta.

Y vivirá sin nombre aquella mariposa
que en el regazo nuestro se detuvo cansada.
Los médanos de oro que hundían nuestras risas,
o el charco de la infancia y sus botas azules.

Ah, suenan los pianos bajo llovizna tenue
después del leve sorbo del invierno tardío.
Mil ramas tronchó el viento, corcel libre de bridas.
Brilló la luna en poza: mil pares de jazmines.

Y es porque presentía que arrepentida y sola
te dabas media vuelta, mas seguiste tu fuga.
Palomar arrumbado de zureos, la torre
de un horizonte yerto conmemora tu ausencia.

Y, aun así, tornará la camelia, el jacinto
mostrará su joyero, las eximidas cúpulas
cual paraguas celestes de heráldico linaje
florecerán también. Mas tú ¿dónde te alojas?

¿En qué país de dunas, en qué blonda otomana
recuerdas el naranjo, el azúcar del beso?
¿O es latina la estancia, o en qué casita inglesa
frente al tronco quemante, junto al libro y la lluvia?

¿Dura en ti, en tu memoria, mi perfil sigiloso?
Algún viejo poema que puse en tu bolsillo,
mi torpeza al hablarte, sueltos los ceñidores
en el sosiego—pulpa que construye la vida.

Adiós es la palabra, el vocablo que duele
que solo los valientes osan pronunciar. Arde
el labio, el ojo, firme al evitar el llanto,
el corazón exhausto asediado por fuego.

Adiós nunca, mi amada. Quédate hasta mi muerte,
pues me habrá liberado del sin—ti del ya—nunca.
En sus manos de hielo hoy abdicó. Ebriedades,
sin voluntad rendido. Adiós es la palabra.

**